

CUENTO N° 54

TITULO: ANSELMO NO VOLVIÓ

SEUDÓNIMO: POMPEYA

AUTORA: SUSANA BERTA GIRGULSKY ECHTERMEIER

Anselmo no volvió

“Incierto es el lugar en donde la muerte te espera; espérala pues en todo lugar”.

Séneca

Anselmo, un chileno común y corriente de mediana edad, de porte bajo y flacuchento, ojos saltones marrones y de curiosa mirada, cabellera ensortijada y de sonrisa fácil, cada mañana salía de su humilde y pequeño hogar para dirigirse a su faena diaria, lustrar zapatos en la Plaza de Armas. Pero, cuando la primavera impregnaba el aire con aroma a azahares y se iniciaban los días previos a Fiestas Patrias, se ganaba unos pesos extras dando rienda suelta a su vocación de payaso en el circo “Las Patas Negras”, haciendo reír a chicos y grandes con sus inocentes y archiconocidas bromas.

Vivía en uno de los pocos conventillos que aún quedaban en pie en el barrio de Estación Central, en tanto que la picota del progreso hacía de las suyas y engullía en su frenética, ambiciosa e insensata modernidad el patrimonio barrial de Santiago.

Con enojo y desesperanza, Anselmo observaba como detrás y al frente se iban levantando una tras otra, descomunales moles verticales de cemento que pretendían alcanzar el cielo y cuyas constructoras propagaban con gran estridencia en enormes y coloridos carteles, la venta de unos minúsculos departamentos a un precio que él nunca hubiese tenido la posibilidad de adquirir.

Lentamente los rayos del sol fueron tragados por los malditos edificios y el conventillo se fue ensombreciendo más y más cada día como el alma misma de sus habitantes. La privacidad quedó al desnudo ante la mirada indiscreta de los recién llegados nuevos propietarios, quienes, asomando sus cabezas desde los diminutos balcones como voyeristas en busca de alguna anecdótica develación, parecían asombrados quizás de la pobreza en que vivían sus propios compatriotas.

Antes, al anochecer, Anselmo solía regresar contento con su lustrín en la mano y la ganancia diaria guardada en el bolsillo del pantalón. Salía al patio y compartía con sus vecinos el frescor del verano o cuando el frío invernal invitaba a sentarse al calor de la chimenea, comentaba las noticias malas y buenas del país.

No era tampoco extraño pedir en préstamo una cebolla que le faltaba para la cena a la Juanita, su vecina de al lado, o visitar a Manuel, con quien jugaba al cacho los domingos, ahora postrado en cama por el Alzheimer, o tomar una copa de vino con el José, consolándolo por el hijo que estaba en prisión. El conocerse entre todos por sus nombres, sus historias de vida, sus sufrimientos y alegrías, sus luces y sombras, era algo que Anselmo amaba y donde se sentía a gusto y querido en el vecindario.

Sin embargo, a medida que fueron pasando los años, fue tomando conciencia de su mísera realidad. Comenzó a despreciar a los ocupantes del conventillo como a

sí mismo, tanto por aceptar sumisamente la pobreza como un karma, como por su indolencia y pasividad ante lo cotidiano.

Desde aquel momento de revelación, optó por vivir una existencia en solitario. Se volvió taciturno y melancólico; Anselmo ya no era el mismo de antes. Se apagó su risa, se perdió la chispa de sus ojos, se olvidó de sus amigos y no habló más.

Nadie supo explicarse qué estaba pasando por la cabeza de Anselmo, que tribulaciones lo afectaban, que dolores punzaban su alma, atribuyéndolo a algún mal de amores que lo tenía en ese estado deplorable y desconcertante.

Las infaltables conventilleras lo culpaban de su falta de empatía con el sexo femenino, y, en cierto modo tenían razón, las relaciones con las mujeres a Anselmo no se le daban bien. Bastaba que alguna se le arrimara con intención seria, para que al poco andar todo quedara en nada y de un plumazo las borraba de su mente y de su corazón.

La única vía de escape a su aflicción era cuando se iniciaba la temporada de los circos. Frente al espejo que le devolvía su imagen, volcaba su angustia existencial pintarrajeándose la cara, colocándose la bola roja de payaso en la nariz, vistiéndose con el amplio traje de seda de colores chillones, calzándose esos enormes zapatos amarillos, y, por último, colocándose el sombrero carmín desteñido y raído. Así, disfrazado y haciendo su espectáculo sobre el escenario, volvía a reírse de sí mismo, de lo que carcomía su espíritu y con el humor negro característico que nadie entendía, lloraba por dentro su amargura.

Habiendo llegado a su fin la época circense, no resultó extraño para los vecinos del conventillo, ver la nota escrita a mano en grandes letras negras pegada en la puerta: *“Me voy, pero no sé si volveré”*.

Unos pensaron que seguramente se había ido con el circo a algún lugar del norte y otros que, con el dinero ganado, tomaría unos días de vacaciones donde su hermana Aurelia en Quilpué. Sin embargo, ese “no sé si volveré” los tenía bastante intrigados. ¿Qué querría decir? ¿No sería otra de sus bromas negras? Con Anselmo nunca se sabía...

A medida que fueron pasando los días, las pocas plantas que regaba cada tarde al volver del trabajo, lucían más reseca que la piel arrugada de doña Inés. Por otra parte, era más que seguro que le habían cortado la luz y el agua por falta de pago, ya que las cuentas rebalsaban el buzón. Asimismo, cuando se levantaba un leve ventarrón, la ropa recién lavada colgada del cordel, quedaba cubierta de un hollín negro que emanaba de su chimenea.

Fue un día cualquiera que el Comité de Vigilancia del conventillo tomó el toro por las astas y citó a todos a una reunión extraordinaria en el patio común. Hubo discusiones y gritos, hasta que alguien sugirió denunciar a Anselmo por muerte presunta ante los Carabineros. Pero como más de alguno o alguna tenía cuentas pendientes con la ley, la idea no prosperó y fue desechada de plano. La Lucy, que atendía clientes nocturnos, muy suelta de cuerpo vociferó que lo mejor sería romper la cerradura y entrar por la fuerza a la casa. Esa idea provocó un sonoro

murmullo entre los asistentes, hasta que don Federico, que sabía de leyes porque había sido estafeta en el Ministerio de Justicia, manifestó seriamente que eso sería una grave violación a la propiedad ajena.

Los más viejos asintieron afirmativamente con la cabeza y los más jóvenes se inclinaron por la propuesta de la Lucy, ya que decían que igual nadie metería las narices en un conventillo de mala muerte escondido entre torres de hormigón.

Y, como la curiosidad mató al gato y como estaban seguros de que nadie los denunciaría, por votación unánime salieron elegidos para ingresar a la casa de Anselmo: Juan el cartonero, hábil en abrir cerraduras ajenas, la Jimena apodada “la viuda alegre” por llevar a la tumba a tres maridos, y por si acaso propusieron al Rudecindo que trabajaba en el Cementerio General, por tener experiencia enterrando cadáveres.

A Juan no le fue tan fácil encontrar una llave ganzúa que le hiciera a la cerradura, por lo cual a puro palanqueo pudo descerrajar la puerta hinchada por la humedad. Al abrir, la primera visión de los tres encargados fue inquietante. Todo se encontraba cubierto con sábanas blancas, como si de repente fueran a cobrar vida esos fantasmas dormidos saliendo de la cama o levantándose de las dos sillas mecedoras frente a la chimenea, de la cual salía un olor nauseabundo.

Una vez que se encontraron dentro, una ráfaga inesperada cerró de un portazo la puerta y allí se quedaron, casi a oscuras, si no fuera porque un rayo de luz asomaba por el ventanuco del techo. La corriente de aire hizo que las mecedoras

comenzaran a moverse a un ritmo acompasado como si fueran campanas de una iglesia: din, don, din, don y aunque era noviembre y la primavera estaba en su apogeo, los leños que Anselmo había dejado puestos en la chimenea comenzaron a echar humo cubriendo de ceniza a los intrusos.

Despavoridos intentaron escapar por la puerta que quedó tan atascada, como si del otro lado alguien la mantuviera presionada a propósito. Trataron de romper el vidrio del ventanuco, pero no tenían con qué subir hasta el techo. ¿Qué hacer? El crepitar de los leños sin producir llama, el crujir de las mecedoras y un extraño silbido saliendo de la chimenea, apagó los gritos pidiendo auxilio.

Echándose la culpa unos a los otros por meterse donde nadie los había llamado, cuál no sería su sorpresa, cuando al acercar sus rostros hacia la oscura chimenea para averiguar de dónde provenía la silbatina, vieron los zapatones amarillos del mismísimo Anselmo cubiertos de hollín suspendidos en el aire, con su traje de payaso y una cuerda atada al cuello, negro como el carbón, balanceándose al ritmo de las mecedoras, con una amplia y burlona sonrisa pintada en su boca.

FIN